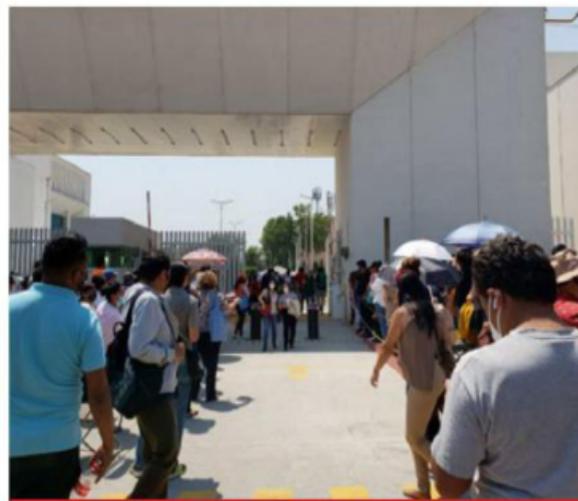




❖ Ahora los protagonistas son los hijos que se encargan de llevar a los padres a una campaña de vacunación, pero esta vez pandémica



Unión y fraternidad de la sociedad mexicana hacia los adultos mayores

[Oscar Viale Toledo]

En esta emergencia sanitaria, como en otras situaciones que han puesto a prueba el temple de la sociedad mexicana en conjunto, destaca la unión y fraternidad dirigidas en esta ocasión hacia un sector específico: los adultos mayores.

En el último día de vacunación de la primera dosis en Coyoacán, donde los protagonistas son hombres y mujeres mayores de 60 años, los papeles se han volteado: ahora los hijos se encargan de llevar a los padres a una campaña de vacunación, pero está vez pandémica.

Cientos de personas esperan en la salida del Centro de Estudios Superiores en Ciencias de la Salud de la Marina a que los recién vacunados caminen hacia ellos y dejen atrás el temor por el COVID.

Minutos antes los encaminaron, los ayudaron a obtener la información, los llevaron a la fila, les dieron su bendición y los entregaron al personal del Gobierno de la Ciudad de México.

Una hora después, esos padres y madres que un día esperaron la llegada de un hijo -quizá por un viaje, un curso de verano, un campamento o una excursión de la escuela- ahora son recibidos con aplausos, sonrisas, abrazos de felicidad y alivio al saber que bajan las probabilidades de que engrosen la lista de muertes por coronavirus.

“¿Te acuerdas cuando íbamos al médico por tu asma? Tenías 5 años y suplicabas ‘¡No me vacunes mamá!’”. Me repetiste lo mismo durante 4 años de tra-

tamiento. Ahora yo no me quiero vacunar y lo hago sólo para estar más tiempo con ustedes”, dice Doña Elda, de 70 años, a su hijo de 34.

Ella y su esposo Francisco, de 72, llevaban un año de confinamiento, de estrés; después de 44 años de matrimonio jamás pensaron que algo los obligaría a estar juntos las 24 horas de 365 días dentro de una casa.

❖ “¿Te acuerdas cuando íbamos al médico por tu asma? Tenías 5 años y suplicabas ‘¡No me vacunes mamá!’”. Ahora yo no me quiero vacunar y lo hago sólo para estar más tiempo con ustedes”, dice Doña Elda, de 70 años, a su hijo de 34

La vacuna es un respiro en muchos sentidos. Primero, por supuesto, el alivio de saber que el virus que ahora ataca al planeta entero tiene menos efecto en ellos. Pero también sabe que puede salir de nuevo (con las medidas necesarias) y despejar su mente, caminar -su ejercicio preferido- o ir de compras, que también le ayuda a concentrarse en otros asuntos y no en los males que la aquejan desde hace algunos años.

Al principio se mostraba incrédula, no confiaba en la vacuna sin importar el laboratorio. Incluso, en algún punto

algo la llevó a pensar “no me vacunaré, si me contagio de COVID, pues hasta ahí llegué”.

Poco a poco fue cambiando de idea y entendió que la vacuna es una gran opción para regresar a la vida que ella conocía, esa vida en la que sólo se preocupa por el asma y la hipertensión. Ahora, después de recibir una dosis de Pfizer, puede realizar sus actividades cotidianas y recurrir a pastillas o el inhalador si entra en crisis.

Ella fue una de los miles de adultos mayores que acudieron a vacunarse en instalaciones de la Marina en Coyoacán; asegura que los pocos temores que aún le quedaban se disiparon con la organización y buen trato del personal del Gobierno de la Ciudad de México y de la propia Marina. Disfrutó de la marimba mientras pasaba el tiempo para saber si tendría una reacción e inclusive bailó un poco al ritmo de la música mientras esperaba a su compañero de vida.

A ratos envió a “Don Panchito”, quien no tenía miedo, no padece ninguna enfermedad, está sano como un roble y estaba dispuesto a enfrentar cualquier panorama junto a ella, con o sin vacuna. Al final los dos están un poco más protegidos y esperan la segunda dosis.

Tras poco más de una hora, el semblante de nerviosismo de Doña Elda se transformó en uno de alegría y tranquilidad. Pasaron unos minutos después de su salida y ya estaba planeando el día, que si las compras, que si la comida, que si el café o la caminata nocturna. “Nada de eso por ahora”, le dice su hija Mariana, “primero a descansar y en unos días veremos”.

